

TODAVÍA CONSERVA su libretita de chistes, «adaptaciones mañas de los hermanos Marx» que el pequeño Nacho desplegaba cada Nochevieja ante su familia en su Zaragoza natal. Nacho G. Velilla se ríe a gusto —es contagiosa y frecuente su risa— al recordar las burlas de sus hermanos. Ninguno podía imaginar que el benjamín del clan sería, con el tiempo, el séptimo director más taquillero del cine hecho en español y una figura clave de nuestra industria audiovisual.

Formado en Periodismo en el País Vasco de los años ochenta, cambió de tercio gracias a *Médico de familia*, cantera de una generación de guionistas que cambió para siempre la ficción patria. Revolucionó después la comedia nacional con hitos televisivos como *7 vidas* y *Aída*, antes de ponerse a firmar taquillazos como *Fuera de carta*, *Que se mueran los feos*, *Perdiendo el norte*, *Villaviciosa de al lado* o las dos entregas de *No manches, Frida*. Logros que, sin embargo, no lo han convertido en un rostro popular. Más que nada porque huye del exceso de notoriedad como de la peste. *XL Semanal* lo saca ahora de su cascarón ante el estreno de *Por cien millones* (26 de marzo en Movistar Plus+), la serie que 'amenaza' con poner su nombre en boca de todos. Por el tema que aborda, por cómo lo hace y porque sorprende al hacernos reír con un suceso que, en su día, fue una tragedia nacional. Hablamos del rocambolesco secuestro de Quini, futbolista de Barça y Sporting de Gijón que pasó 25 días de 1981 a merced de tres maños desesperados que buscaban, a su costa, salir de la pobreza. Velilla nos recuerda con ella que la risa sana y, sobre todo, que la realidad supera, a veces por varios cuerpos de distancia, a la ficción.

XL Semanal. Todo lo que ha hecho es comedia, ¿cómo acaba haciendo una serie sobre un hecho tan dramático como el secuestro de Quini?

Nacho G. Velilla. Porque la historia es, en realidad, una tragicomedia. El secuestro fue un verdadero drama, para su familia y para toda España, porque Quini, entonces pichichi de la Liga, era el futbolista más querido del país. Lo que pasa es que la historia es tan rocambolesca que enseguida me vino a la cabeza algo del tipo *Atraco a las 3*, una historia de perdedores torpes que creen haberse topado con la oportunidad de sus vidas.

XL. ¿Dónde vio la comedia en esta historia?

N.G.V. En los secuestradores. Son tres tipos desesperados que ven que ETA y el GRAPO sacan millones secuestrando gente

y deciden probar. Como eran novatos y no seguían patrón alguno, la Policía estaba despistadísima; no sabían si era la mafia, un grupo terrorista o quién, porque lo hacían todo muy raro. La parte más bizarra es que no habían pensado en cómo cobrar la pasta. Y, claro, comenzaron a hacer disparates...

XL. ¿Qué partes del suceso ficción y cuáles no?

N.G.V. El desarrollo del secuestro respeta los hechos. Por ejemplo, las llamadas del 'cerebro' (Raúl Arévalo) son reales. La Policía nos facilitó las transcripciones.

XL. En una de ellas se quejan a la esposa de Quini, Mari Nieves, de que su marido come como una lima y que no pueden seguir alimentándolo. ¿Eso es real?

N.G.V. Sí, sí. Yo nunca hubiera podido escribir algo tan ingenioso [se ríe]. Imagínate a la pobre Mari Nieves, con unos ataques de ansiedad tremendos, y el tío le dice eso para forzar el cobro del rescate. En las llamadas originales, que Raúl ha clavado, empezaba como un señor serio, con voz grave, pero a medida que avanzaba la conversación y ambos se iban poniendo nerviosos le salía el maño que lleva dentro.

XL. ¿Qué más cosas son reales?

N.G.V. La confesión final a la Policía; ese cartel tan bizarro, y tan español, que coloca el del bar donde le compraban los bocatas a Quini: «Aquí se venden los bocadillos que se comía Quini»; o el detalle de cómo eligieron a quién secuestrar en las revistas del corazón. Quini les pareció el más buenazo y vulnerable.

XL. Descartaron a Schuster, ¿no?

N.G.V. Sí, como tenía muy mala leche se libró [se ríe]. Él mismo ha bromeado sobre eso. Imagínate haber tenido a Schuster 25 días en aquel zulo a base de bocadillos... Él fue, por cierto, de los pocos que dijo que había que parar la Liga.

XL. Sorprende que sus compañeros siguieran jugando cada domingo...

N.G.V. Hubo mucha polémica, sí. El Barça iba líder y acabó perdiendo la Liga. Imagínate, jugar con un compañero secuestrado... Porque todos pensaban que su cadáver aparecería cualquier día en una cuneta.

XL. ¿Habló con los secuestradores?

N.G.V. No, pero hay detalles sobre ellos que son reales. En 44 años nunca han querido exponerse, así que hemos cambiado sus nombres y los hemos puesto de nuestra cosecha. Partimos de un artículo que publicó la revista aragonesa *Andalán*. El titular era: «El listo, el manitas y el torpe». Empezamos a partir de esos estereotipos.

XL. ¿Cómo se tomó su proyecto la familia de Quini?

N.G.V. Hablé con los hijos desde el principio. No me parecía de recibo que se enteraran por la prensa de que el payaso de Velilla iba a airear sin previo aviso algo tan doloroso para ellos. Y quería conocer, claro, cómo lo vivieron. La serie es también un homenaje a Quini, a su modo de vivir el fútbol y de relacionarse con la gente.

XL. Perdonó a sus secuestradores y renunció a la indemnización...

N.G.V. Mira, la historia me atrajo por los secuestradores —tengo debilidad por las intrahistorias detrás del gran titular y los antihéroes a los que se les va todo de las manos—, pero lo que la hace extraordinaria es la talla humana de la víctima, capaz de entender y de perdonar. Cuando llegó al juzgado y las esposas de los secuestradores, avergonzadísimas, fueron a pedirle perdón, la hija de uno de ellos le pidió un autógrafo y Quini se agachó, le dio un beso y se lo firmó. La madre se echó a llorar emocionada y ¿sabes qué hizo Quini? ¿Se la llevó a desayunar para consolarla! Y así se mantuvo hasta el final. En su última entrevista, ya enfermo, poco antes de morir en 2018, le dijo al periodista: «No tengo duda de que eran buenas personas». Piel de gallina, ¿no?

XL. ¿Qué visión tienen sus hijos?

N.G.V. Han salido al padre, que siempre quitó hierro al asunto. Para mi alivio, les gustó cómo lo habíamos resuelto. Incluso hacen un cameo los cuatro, esperando a Quini a la salida del Camp Nou para pedirle un autógrafo. Su hijo Enrique lleva una camiseta del Sporting de la época y Agustín Otón, que hace de Quini, se emocionó muchísimo.

XL. ¿Se rieron?

N.G.V. Sí, sí. Ese fue el mayor premio. Enrique me dijo: «En un 90 por ciento me ha encantado, pero en un 10 por ciento lo he sufrido como hijo, por ver lo que vivió mi padre y lo que sufrió mi madre». El tono cómico les impactó de inicio, por supuesto, pero les gustó. Fue muy bonito verlo con ellos.

XL. Por cien millones es un cambio de estilo para usted, más contenido. ¿A qué se debe?

N.G.V. Es lo que la historia necesita. Me recuerda a las comedias de Vittorio de Sica, que te hacían reír con historias crudas en duros contextos sociales. También hay un cambio en el escenario audiovisual español que me permite más libertad...

XL. ¿Quiere decir que antes no...?

N.G.V. A ver, yo nunca he hecho nada obligado y soy feliz haciendo taquillazos. Todo esto, para mí, no tiene sentido si no llegas a la gente. El cambio es que antes había dos grandes jugadores (Antena 3 y Mediaset) y ahora las plataformas aceptan tonos y estilos de comedia más diversos.

XL. Siempre ha sido un director de proyectos con intención comercial, pero ¿qué parte de usted mismo hay en sus historias?

N.G.V. Algo habrá, pero mis traumas no son el motor de mis historias. Sí que hay dos elementos comunes en todo lo que hago: mi debilidad por las intrahistorias y el humor somarda.

XL. ¿Humor somarda?

N.G.V. Es algo muy aragonés. Una cosa irónica, socarrona, cínica, directa pero mordaz y enrevesada; decir algo sin decirlo, fingir torpeza o seriedad para ocultar tus intenciones...

XL. Sus personajes mienten mucho...